

EL ESTADO

o

LA REPÚBLICA

LIBRO PRIMERO

ARGUMENTO

Platón refuta sucesivamente esta máxima: « Es justo hacer el bien a sus amigos y hacer el mal a sus enemigos »; y esta otra: « Es justo todo aquello que es ventajoso para el más fuerte. » Una vez que ha estudiado estos dos sofismas, investiga el carácter de la justicia, y establece que ésta es sabiduría y virtud, así como la injusticia es vicio e ignorancia; o mejor dicho, que el buen gobierno es propio de la sabiduría y de la virtud; que el mal gobierno es propio de la injusticia y de la ignorancia; y que, por tanto, la condición del hombre justo será mejor que la del injusto. En otros términos, el hombre justo es feliz por lo mismo que es justo; el hombre injusto es desgraciado por razón de su injusticia; de donde se llega a la rigurosa conclusión de que la justicia es, en todo caso, preferible a la injusticia. Tal es el principio trascendental de esta obra sublime. Es precisamente cimentándola en la justicia como va a fundar Platón su república ideal.

I

He bajado ayer al Pireo con Glauco, hijo de Aristón, con el fin de elevar mis oraciones a la Diosa (1),

(1) Diana, a quien los tracios honraban bajo el nombre de Bendis,

y para ver de qué manera se efectuaría la fiesta que por primera vez se celebraba. La ceremonia de los habitantes del lugar (1) me pareció muy bella; pero, en mi opinión, la de los tracios no lo es, en manera alguna, inferior. Luego que hubimos elevado nuestras oraciones y presenciado la ceremonia, tomamos de nuevo el camino de la ciudad. Polemarco, hijo de Céfalo, tan pronto como nos divisó de lejos, ordenó a su esclavo que viniese corriendo hacia nosotros y nos rogase que le esperáramos. El esclavo nos alcanzó y me dijo, asiéndome por el manto: — Polemarco os suplica que le esperéis. Me volví y le pregunté en dónde estaba su amo. — Me sigue, dijo él, esperadle un momento. — Esperaremos, repuso Glauco. Momentos después llegaron Polemarco con Adinante, hermano de Glauco; Nicerato, hijo de Nicías (2), y algunos otros que volvían de la fiesta.

POLEMARCO

Paréceme, Sócrates, que volvéis a la ciudad.

SÓCRATES

No te engañas.

POLEMARCO

¿Ves tú cuántos somos?

SÓCRATES

Sí.

POLEMARCO

Mostraos los más fuertes, o quedaos aquí.

y cuyo culto acababa de ser transportado a Atenas. Tenía la Diosa, en el Pireo, un altar colocado bajo la guardia de algunos tracios pagados por los atenienses.

(1) Ceremonia en la cual se sacaban en procesión las estatuas de los dioses.

(2) El famoso Nicías que pereció en el sitio de Siracusa. Su hijo Nicerato fué condenado a muerte por los Treinta.

SÓCRATES

Hay un término medio : el de persuadiros de que nos dejéis seguir.

POLEMARCO

¿Cómo podréis persuadirnos si no queremos oiros?

GLAUCO

Eso es imposible.

POLEMARCO

Pues bien, tened la seguridad de que no os escucharemos. ¿Ignoráis que esta noche se efectuará la carrera de antorchas en honor de la Diosa?

SÓCRATES

¿A caballo? Eso es cosa nueva. Los competidores ¿irán a caballo y llevarán en la mano antorchas que se pasarán, unos a otros, con el fin de disputarse el premio?

POLEMARCO

Sí; y además habrá una velada que valdrá la pena de ser vista. Saldremos después de la cena para verla y nos divertiremos con varios jóvenes a quienes encontraremos allí. Quedaos, pues, y no os hagáis de rogar más.

GLAUCO

Bien veo que es preciso que nos quedemos.

SÓCRATES

Pues que tú lo quieres, consiento en ello.

II

Fuimos pues a casa de Polemarco, en donde encontramos a sus dos hermanos, Lidias (1) y Euti-

(1) El célebre orador de ese nombre.

demo (1), con Tracímaco de Calcedonia; Carmántido, del barrio de Peaneo, y Clitofonte, hijo de Aristónimo; Céfalo, el padre de Polemarco, también se encontraba allí. Como yo no le había visto desde hacía mucho tiempo, me pareció que había envejecido bastante. Estaba sentado, con la cabeza apoyada sobre un cojín, y llevaba una corona, porque ese día había celebrado un sacrificio doméstico. Tomamos asiento a su lado, en los bancos que estaban colocados en círculo. Tan pronto como me vió, me saludó.

1. — CÉFALO

No vienes con frecuencia al Pireo, Sócrates; sin embargo, tus visitas nos serían gratas. Si yo tuviera fuerzas suficientes para ir a la ciudad, te ahorraria el trabajo de venir aquí, e iría yo mismo a buscarte. Pero ahora te corresponde venir más a menudo, porque has de saber que todos los días hallo nuevos encantos en la conversación, a medida que los placeres del cuerpo disminuyen y me abandonan. Ten, pues, por mí esta condescendencia. Reúnete a estos jóvenes, y ven a menudo a ver a tus devotos amigos.

SÓCRATES

Yo también, Céfalo, hallo suma complacencia en la compañía de los ancianos. Como ya se encuentran al fin de una carrera que a nosotros corresponderá seguir un día, me parece natural obtener informes de ellos acerca de si la ruta es fácil o penosa. Y como tú estás ahora en esa edad que los poetas llaman el umbral de la vejez, me será grato oír lo que me digas acerca de ella y si la consideras como la época difícil de la vida.

(1) Eutidemo, hermano de Lidias, era un sofista. Platón se burla de él en el diálogo que lleva su nombre.

2. — CÉFALO

Te diré mi pensamiento, Sócrates, tal como él viene a mi espíritu. Suele ocurrir, según el antiguo adagio, que me encuentre entre gentes de mi edad; todo el tiempo que con ellos paso se va en quejas y en lamentaciones de su parte; recuerdan con pesar los placeres del amor, los de la mesa, y todos los demás de ese carácter de que disfrutaban en su juventud. Se conduelen de estar privados de todos aquellos bienes que les parecieron tan preciosos. Al oírlos, se llega a la conclusión de que la vida que entonces llevaban era feliz, y de que en la actualidad ya no viven. Algunos se quejan de las ofensas, a que les expone la vejez, de parte de sus vecinos; y no cesan de repetir los innúmeros males que su avanzada edad les depara diariamente. En cuanto a mí, Sócrates, creo que ellos no acusan la verdadera causa de su mal; porque, si ella fuese la vejez, yo, y todos aquellos que llegan a mi edad deberíamos sentir los mismos efectos. Además, he conocido otros de una disposición muy diferente; y recuerdo que un día que me encontraba con el poeta Sófocles, habiéndole preguntado alguien en mi presencia si la edad le permitía aún disfrutar los placeres del amor, repuso: «A Dios no le place, y experimento la mayor satisfacción de haber sacudido el yugo de ese amo apasionado y brutal.» Juzgué entonces que él tenía razón al hablar de esta suerte, y el tiempo no ha modificado mi pensamiento. En efecto, la vejez es un estado de reposo y de libertad de los sentidos. Tan luego como las pasiones dejan de hacer sentir su aguijón y, por decirlo así, quedan en suspenso, lo dicho por Sófocles se comprueba plenamente; se liberta uno de una multitud de pasiones tiránicas. Con respecto a estas quejas de los viejos y a sus pesares domésticos,

no es en la vejez, Sócrates, sino en el carácter de los viejos, en donde hay que buscar la causa. Con costumbres apacibles y tranquilas encuentra uno soportable la vejez. Con un carácter opuesto, la vejez y la juventud son igualmente difíciles.

III

Me encantó su respuesta y quise hacerle hablar más.

1. — SÓCRATES

Estoy convencido, Céfaló, de que cuando tú hablas de esa manera, la mayor parte de los hombres no aprueban lo que dices, y que piensan que encuentras menos recursos contra las incomodidades de la vejez en tu carácter que en los grandes bienes que posees; porque se dice que los ricos tienen muchos consuelos.

CÉFALO

Dices bien : no me escuchan; la verdad es que hay algo de cierto en lo que ellos dicen, pero mucho menos de lo que ellos piensan. He aquí la bella respuesta que dió Temístocles a un serifio que le atribuía su reputación a la ciudad en que había nacido más que a sus propios méritos : « Verdad es, repuso, que si yo fuese de Serifo, no sería conocido; pero tú no lo serías más si fueses hijo de Atenas. » Podría darse la misma respuesta a los ancianos poco ricos y quejumbrosos, diciéndoles que la pobreza haría la vejez insupportable hasta para los mismos sabios; pero que, sin la sabiduría, las riquezas no podrían hacérsela jamás más dulce.

SÓCRATES

Pero estos grandes bienes que tú posees, ¿los has

heredado de tus antepasados o lo has adquirido tú en su mayor parte?

CÉFALO

¿Me preguntas que he adquirido yo, Sócrates? Mis bienes de fortuna me dan un promedio entre la de mi abuelo y la de mi padre; porque mi abuelo, cuyo nombre llevo, — habiendo heredado un patrimonio poco más o menos igual a mi actual fortuna, — hizo adquisiciones que sobrepasaban en mucho los haberes que había recibido. Mi padre, Lisantias, me dejó, por el contrario, menos bienes de los que ahora posco. Quedaría contento si mis hijos reciben de mí una herencia que no sea ni inferior ni superior a la que yo mismo he heredado.

SÓCRATES

Lo que me ha llevado a hacerte esta pregunta, es que no me parece que tú tengas mayor apego a las riquezas; cosa que es común a aquellos que no son los artífices de su propia fortuna; en tanto que aquellos que la deben a su industria, sí tienen mayor apego a ella, porque la aman por ser obra suya, así como los poetas aman sus versos y los padres a sus hijos; aparte de que, como todos los demás hombres, sienten apego a las riquezas por los bienes que ellas les proporcionan. Por tanto, los hombres de que te hablo son de un trato difícil y no tienen estimación sino por el dinero.

2. --- SÓCRATES

Perfectamente. Pero dime, ¿cuál es en tu opinión la mayor ventaja que las riquezas procuran?

CÉFALO

Mi opinión a este respecto es precisamente la que con dificultad aceptarían muchas gentes. Sabrás,

dioses o por no haber pagado algunas deudas a los hombres. Tiene ella, además, otras ventajas indudables; pero, al considerarlas una por una, creo que todo hombre sensato no vacilará en dar a ésta preferencia marcada sobre las demás.

SÓCRATES

Lo que acabas de decir, Céfaló, es muy bello. Pero ¿es propio definir la justicia haciéndola consistir simplemente en decir la verdad y en dar a cada cual lo que hemos recibido? ¿O no es ello más justo, o más injusto, según las circunstancias? Por ejemplo, si alguien que hubiese confiado sus armas a un amigo, pidiese su devolución después de haber enloquecido, todo el mundo convendría en que no sería conveniente devolvérselas, y que habría injusticia en hacerlo. Todo el mundo convendría, además, en que sería perjudicial no disfrazarle la verdad en el estado en que se encuentra.

CÉFALO

Eso es cierto.

SÓCRATES

No consiste, pues, la justicia, en dar a cada uno lo suyo.

POLEMARCO

Pero, si hemos de creer a Simónides, es en eso precisamente en lo que consiste la justicia.

CÉFALO

Os dejo que continuéis la discusión; es preciso que yo vaya a concluir mi sacrificio.

SÓCRATES

Entonces será Polemarco quien ocupará tu lugar.

CÉFALO (*sonriendo*).

Sí.

Y diciendo esto salió para ir a terminar su sacrificio.

IV

1. — SÓCRATES

Infórmame, pues, Polemarco, ya que tomas el lugar de tu padre, acerca de lo que dice Simónides (1) con respecto a la justicia, y en qué puntos apruebas sus opiniones.

POLEMARCO

Dice él que es propio de la justicia dar a cada uno lo suyo, y en este punto hallo que tiene razón.

SÓCRATES

Es bien difícil no estar de acuerdo con Simónides : era un sabio (2), un hombre divino. Pero, ¿acaso comprendes tú, Polemarco, lo que ha querido él decir con eso? En cuanto a mí, yo no lo comprendo. Es evidente que él no quiere decir que uno esté en la obligación de devolver, como lo decíamos hace un momento, un depósito, cualquiera que éste sea, cuando aquel que lo reclama no tiene razón; y, sin embargo, ese depósito es una deuda, ¿no es así?

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

Y por tanto es necesario cuidarse de devolverlo,

(1) *Græci Minores* de Gaisdorf, tomo I, página 401.

(2) Es ésta una ironía, porque Simónides era el poeta favorito de los sofistas.

cualquiera que sea, a aquel que no tiene razón de reclamarlo.

POLEMARCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Simónides, pues, ha querido decir otra cosa cuando ha dicho que es justo devolver a cada cual lo que se le debe.

POLEMARCO

Sin duda, una vez que él piensa que uno debe hacer siempre el bien a sus amigos y no hacerlos nunca mal.

SÓCRATES

Ya lo oigo. Devolver a un amigo lo que se le debe, devolverle, por ejemplo, el dinero que nos ha confiado aun cuando no pueda recibirlo sino con perjuicio suyo. ¿No es esa la interpretación que das tú a las palabras de Simónides?

POLEMARCO

Absolutamente.

SÓCRATES

Pero ¿debe uno devolver a sus enemigos aquello que uno crea deberles?

POLEMARCO

Sí, lo que uno les deba; pero uno no debe a su enemigo sino aquello que cuadra con la enemistad, es decir, lo que le cause daño.

2. — SÓCRATES

Simónides se ha explicado, pues, sobre la justicia en estilo poético y de una manera enigmática; ha creído, a lo que parece, que la justicia consiste en dar a cada cual lo que conviene. Pero, en lugar de

decir esto, ha dicho que consiste en dársele lo que se le debe.

POLEMARCO

¿Piensas tú que ha querido él decir otra cosa?

SÓCRATES

¿Qué crees tú que hubiese contestado Simónides si alguien le hubiese formulado la siguiente pregunta? : ¿a quién da el arte que llamamos medicina lo que debe dar y lo que conviene dar, y qué es lo que ella da?

POLEMARCO

Contestaría que ella da al cuerpo los remedios, los alimentos y las bebidas convenientes.

SÓCRATES

Y el arte culinario, ¿a quién da lo que debe y lo que conviene dar? ¿qué es lo que él da?

POLEMARCO

Sazona los manjares.

SÓCRATES

Y lo que se llama justicia, ¿a quién da lo que conviene, y qué es lo que da?

POLEMARCO

Si hemos de atenernos a lo dicho anteriormente, la justicia consiste en hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos.

SÓCRATES

¿Considera entonces Simónides que es de justicia hacer el bien a sus amigos y hacer el mal a sus enemigos?

POLEMARCO

Paréceme que sí.

SÓCRATES

¿Quién puede hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos en caso de enfermedad?

POLEMARCO

El médico.

SÓCRATES

¿Y en el mar, en caso de peligro?

POLEMARCO

El piloto.

SÓCRATES

¿Y en qué ocasión y de qué manera puede el hombre justo hacer el mayor bien a sus amigos y el mayor mal a sus enemigos?

POLEMARCO

Paréceme que en la guerra, atacando a los unos y defendiendo a los otros.

SÓCRATES

Perfectamente. Pero, mi querido Polemarco, nada tiene uno que hacer con el médico cuando no está enfermo.

POLEMARCO

Así es la verdad.

SÓCRATES

Ni tiene necesidad de piloto cuando no se halla en el mar.

POLEMARCO

También es eso cierto.

SÓCRATES

Siguiendo este mismo razonamiento, ¿es lo justo inútil cuando no hace uno la guerra?

POLEMARCO

No lo creo así.

SÓCRATES

¿Sirve entonces la justicia también en tiempo de paz?

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

La agricultura también sirve en esta estación, ¿no es cierto?

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

¿Para la recolección de los bienes que nos brinda la tierra?

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

¿Es útil también el oficio de zapatero?

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

¿Dirás tú que para proveerse de calzado?

POLEMARCO

Sin duda.

SÓCRATES

Del mismo modo me dirás con qué objeto y en servicio de qué puede ser útil la justicia durante la paz.

POLEMARCO

Para el comercio.

SÓCRATES

¿Entiendes tú por comercio la asociación para los negocios o para alguna otra cosa?

POLEMARCO

Me refiero a las asociaciones.

SÓCRATES

¿Es el justo un asociado bueno y útil para el juego de dados, o será preferible el jugador de profesión?

POLEMARCO

El jugador de profesión.

SÓCRATES

Tratándose de la construcción de una casa, ¿será un hombre justo un socio mejor y más útil que un arquitecto?

POLEMARCO

De ningún modo.

SÓCRATES

Si el músico vale más que el hombre justo para el estudio de la música, ¿cuál es entonces el género de asociación en la cual vale éste más que aquél?

POLEMARCO

Me parece que tratándose de asuntos de dinero.

SÓCRATES

Si no es el caso de que haya necesidad de hacer uso de él; si hay que comprar o que vender un caballo, creo yo que el negociante en caballos será el mejor socio, ¿no es así?

POLEMARCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Si se tratase de un barco, el constructor o el piloto serían los mejores asociados.

POLEMARCO

Así me lo parece.

SÓCRATES

¿En qué caso, pues, será el justo más útil que los otros cuando la asociación haya de usar de su dinero?

POLEMARCO

Cuando se trate, Sócrates, de ponerlo en depósito y de conservarlo.

SÓCRATES

Es decir, cuando sea necesario no hacer ningún uso de él, sino dejarlo ocioso.

POLEMARCO

Exactamente.

SÓCRATES

Así, pues, cuando el dinero se hace inútil comienza a ser útil la justicia.

POLEMARCO

Quizás.

SÓCRATES

Y cuando sea necesario conservar una pequeña podadera, será útil la justicia al interés común y al interés particular. Mas cuando se trate de servirse de ella, lo que será útil será el arte del viticultor.

POLEMARCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Tú dirás, pues, que cuando se trate de conservar un escudo, o una lira, sin hacer uso de ellos, será útil la justicia; pero si es preciso servirse de ellos, serán la esgrima y la música las que serán útiles.

POLEMARCO

Necesariamente.

SÓCRATES

Y en general, trátase de lo que se tratare, la justicia será inútil cuando uno se sirve de un objeto, y útil cuando uno no se sirve de él.

POLEMARCO

Bien puede ser.

3. — SÓCRATES

Pero, querido, la justicia no será, pues, de grande importancia si sólo nos es útil tratándose de aquellas cosas de que no hacemos uso ninguno. Estudiemos esto un poco más : aquel que sea más hábil para escapar a los golpes en una batalla, en la lucha, o en cualquiera otro caso, ¿no es también el más diestro para guardarse de los golpes que le asedien?

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

Y aquel que es más hábil para precaverse de una enfermedad y para prevenirla, ¿no es al mismo tiempo el más capaz para dársela a otro?

POLEMARCO

Así lo creo.

SÓCRATES

¿Cuál es el hombre más adecuado para proteger un ejército? ¿No será aquel que sepa descubrir los designios y las maniobras del enemigo?

POLEMARCO

Sin duda.

SÓCRATES

Por consiguiente, el mismo hombre apto para conservar una cosa lo será también para robarla.

POLEMARCO

Así me parece.

SÓCRATES

Así pues, si el justo es apto para guardar el dinero, lo será asimismo para sustraerlo.

POLEMARCO

Al menos es esa la consecuencia inevitable de tu razonamiento.

SÓCRATES

El hombre justo está, pues, convencido de ser un diestro ladrón (1); y antójase me que tú has tomado esta idea de Homero (2), quien elogia demasiado a Autólico, abuelo materno de Ulises, de quien dice que sobrepasa a todos los hombres en el arte de despojar y de mentir bajo la fe del juramento. Por consiguiente, según Homero, Simónides, y tú, la justicia no es otra cosa que el arte de despojar para bien de los amigos y para mal de los enemigos, ¿no es así como la entiendes tú?

POLEMARCO

¡ Por Júpiter, que no ! No es eso lo que he querido decir. Sin embargo, siempre me parece que la justicia consiste en ser grato a tu amigo y en causar perjuicio a tu enemigo.

SÓCRATES

Mas ¿qué entiendes tú por amigo? ¿ Aquellos que

(1) Sócrates se burla de las argucias de los sofistas, imitándolos.

(2) Odisea XIX, vers. 396.

parezcan ser gentes de bien, o los que realmente lo sean aunque no lo parezcan? Lo propio digo de los enemigos.

POLEMARCO

Paréceme natural amar a aquellos a quienes crea una gente de bien, y odiar a los que cree malos.

SÓCRATES

¿No es lo ordinario que los hombres se engañen sobre este punto y que juzguen que es honrado un hombre, cuando no lo es sino en apariencia, o que se tome por pícaro al que en realidad es hombre honrado?

POLEMARCO

Convengo en ello.

SÓCRATES

Quienes así se engañan, ¿toman por enemigos a las gentes de bien y por amigos a los perversos?

POLEMARCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Así pues, para ellos la justicia consiste en hacer el bien a los perversos y el mal a los buenos.

POLEMARCO

Eso es evidente.

SÓCRATES

Pero las gentes de bien son justas e incapaces de perjudicar a nadie.

POLEMARCO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

De acuerdo con tu razonamiento, resulta entonces justo hacer el mal a quien no lo merece.

POLEMARCO

De ningún modo, Sócrates; es criminal hablar así.

SÓCRATES

Entonces lo que es justo es hacer el mal a los malos y hacer el bien a los buenos.

POLEMARCO

Ese lenguaje me parece más razonable que lo que decíamos hace un momento.

SÓCRATES

Pero, Polemarco, sucederá que para todos aquellos que se engañan en su juicio acerca de los hombres, será justo perjudicar a sus amigos, desde el momento en que pueden considerarlos malos, y hacer el bien a sus enemigos porque los consideren como gentes de bien. Y con esto llegamos a una conclusión directamente contraria a la que atribuíamos a Simónides.

POLEMARCO

Ello es rigurosamente exacto; pero cambiemos en algo la definición que hemos dado de amigos y de enemigos, y en ese caso no me parece que sea exacta la conclusión.

SÓCRATES

Recapitulemos, Polemarco; ¿qué decíamos?

POLEMARCO

Decíamos que podíamos considerar como amigo a aquel que nos pareciese hombre de bien.

SÓCRATES

¿Cómo quieres tú que cambiemos esa definición?

POLEMARCO

Yo diría que debiéramos considerar como amigo al que no sólo parezca hombre de bien, sino que lo sea en efecto; que aquel que lo parece, sin serlo, no es amigo sino en la apariencia. Lo propio habría que decir del enemigo.

SÓCRATES

Según esto, el amigo verdadero será el hombre de bien y el hombre malo el verdadero enemigo.

POLEMARCO

Sí.

SÓCRATES

Tú quieres, pues, que modifiquemos también algo respecto de lo que decíamos de la justicia, o sea que ella consistía en hacer el bien al amigo y el mal al enemigo; y ahora quieres que agreguemos « si el amigo es hombre honrado y si el enemigo no lo es ».

POLEMARCO

Sí, encuentro que eso está bien dicho.

4. — SÓCRATES

¡ Pero cómo ! ¿ es que debe un hombre justo hacer el mal a quienquiera que sea ?

POLEMARCO

Sí, a lo menos debe hacer el mal a sus enemigos, si ellos son perversos.

SÓCRATES

Aquellos caballos a quienes se martiriza, ¿ se tornan mejores o peores ?

POLEMARCO

Peores.

SÓCRATES

¿Se debe esto al carácter propio de su especie o al que es propio de los perros? Y aquellos perros a quienes se martiriza, ¿se tornan peores por razón del carácter propio a su especie y no por razón del carácter que es propio de los caballos?

POLEMARCO

Necesariamente.

SÓCRATES

¿No podemos decir también que los hombres a quienes se hace el mal se tornan peores debido a los sentimientos propios del hombre?

POLEMARCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

¿No es la justicia un sentimiento propio del hombre?

POLEMARCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Es también evidente, caro amigo, que los hombres a quienes se hace mal se tornan más injustos (1).

POLEMARCO

Así parece.

SÓCRATES

Un músico, por virtud de su arte, ¿puede convertir a cualquiera en un ignorante de la música?

(1) Falsa e irónica conclusión de que se sirve Sócrates, cuyo propósito es el de embarazar al discípulo de los sofistas.

POLEMARCO

Eso es imposible.

SÓCRATES

¿Puede un maestro de equitación, por virtud de su arte, inhabilitar a alguien para montar a caballo?

POLEMARCO

Imposible.

SÓCRATES

¿Puede el hombre justo, por razón de su sentimiento de justicia, convertir a otro en un hombre injusto? — En general, ¿pueden los buenos, por razón de su virtud, convertir en malos a los otros?

POLEMARCO

Eso no puede ser.

SÓCRATES

Porque la acción de enfriar no me parece ser efecto del calor, sino de lo contrario al calor.

POLEMARCO

Evidentemente.

SÓCRATES

La humedad no es efecto de un ambiente seco, sino del agente contrario.

POLEMARCO

Sin duda alguna.

SÓCRATES

El efecto del bien no es tampoco el de causar perjuicio, sino el efecto de lo que es contrario al bien.

POLEMARCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Pero el hombre justo es bueno.

POLEMARCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

No es, pues, propio del hombre justo el mortificar a sus amigos, ni a nadie, acto que corresponde a su antítesis, es decir, al hombre injusto.

POLEMARCO

Paréceme, Sócrates, que tienes completa razón.

SÓCRATES

De suerte que si alguien dijese que la justicia consiste en dar a cada cual lo que le corresponde, ello implicaría que el hombre justo sólo debe hacer el mal a sus enemigos, así como el bien a sus amigos; pero no es ese el lenguaje de un hombre sensato, porque no está conforme con la verdad, y acabamos de ver que no es nunca justo causar perjuicio a nadie.

POLEMARCO

Convengo en ello.

SÓCRATES

Y si alguien se atreve a sostener que máxima semejante ha sido expuesta por un Simónides, por un Bias, o por un Pitaco, o por cualquier otro sabio, tú y yo lo negaríamos.

POLEMARCO

Estoy pronto a sostener la lucha contigo.

SÓCRATES

¿Sabes tú de quién es esa máxima de que es justo hacer el bien a sus amigos y el mal a sus enemigos?

POLEMARCO

¿De quién?

SÓCRATES

Creo que esa máxima ha sido expuesta por Perianandro (1), por Perdicas de Jerjes (2), por Ismenio el Tebano (3), o por cualquier otro rico personaje embriagado de poder.

POLEMARCO

Dices bien.

SÓCRATES

Pero si la justicia no consiste en eso, ¿quién nos dirá en qué consiste?

V

Durante nuestro diálogo, Trasímaco intentó interrumpirnos varias veces. Aquellos que ocupaban asiento a su lado se lo impidieron, porque querían oírnos hasta el fin. Pero tan luego como suspendimos la discusión, y cuando hube pronunciado estas últimas palabras, no pudo contenerse más, y volviéndose de pronto prorrumpió contra nosotros como una bestia feroz, cual si quisiese devorarnos. Polemarco y yo nos sobrecogimos de espanto; y alzando entonces la voz en medio del concurso, exclamó :

1. — TRASÍMACO

¿A qué toda esa palabrería, Sócrates? ¿por qué os adjudicáis reciprocamente la victoria, como de concierto, cual si fueseis niños? ¿Deseas sinceramente saber en qué consiste la justicia? No te limites a interrogar y a gloriarte tontamente en refutar la argumentación de los demás. Tú no ignoras que es mucho más

(1) Tirano de Corinto.

(2) Rey de Macedonia; padre del rey Archelao.

(3) Poderoso ciudadano de Tebas.

fácil interrogar que responder. Contéstame, a tu vez, y dime cómo defines la justicia. Mas no vayas a decirme que la justicia es lo que conviene, lo que es útil, lo que es ventajoso, lucrativo o provechoso; respóndeme con claridad y precisión, porque yo no soy un hombre con quien puedan usarse respuestas tontas y evasivas.

Ante estas palabras quedé asombrado. Mirábale temblando, y creo que si él hubiese fijado primero en mí sus ojos, habría yo perdido el uso de la palabra; pero cuando él comenzó a enardecerse, fui yo el primero en mirarle (1). Tan pronto como me sentí en condiciones de responderle, le dije con menos temor :

2. — SÓCRATES

¡ Oh, Trasímaco ! No te encolerices contra nosotros. Si Polemarco y yo nos hemos engañado en nuestra discusión, convéncete de que no ha sido intencionalmente. Si fuese el caso de que estuviésemos en persecución del oro, nos guardaríamos bien de hacernos vanas deferencias y de hacer, de esa suerte, imposible su descubrimiento. ¿ Por qué supones tú que cuando nos ocupamos en buscar la justicia, es decir, una cosa mucho más preciosa que el oro, seamos tan insensatos que nos esforcemos por engañarnos mutuamente en vez de dedicarnos a descubrirla con toda seriedad ? No lo creas así, caro amigo ; pero bien comprendo que esta investigación es superior a nuestras fuerzas. Por tanto, vosotros, hombres sabios, debierais sentir por nuestra debilidad más generosidad que indignación.

Trasímaco acogió estas palabras con una carcajada sardónica.

(1) Es ésta una alusión a la popular creencia de que la mirada del lobo hacia enmudecer a las gentes. Se creía que este maleficio se evitaba mirando al lobo antes de que éste fijase en uno sus ojos.

TRASÍMACO

¡Ja... ja... ja! ¡He ahí, una vez más, la ordinaria ironía de Sócrates! Bien sabía que tú no responderías; ya había yo prevenido a mis compañeros de que tú echarías mano del recurso de tus acostumbradas simulaciones, y que harías todo menos dar una respuesta.

SÓCRATES

Eres hábil, Trasímaco; sabes bien que si yo pregunto a cualquiera la composición del número 12 y agrego: « no me digas que se compone de dos veces seis, de tres veces cuatro, de seis veces dos, o de cuatro veces tres, porque ninguna de esas respuestas me satisfará », tú sabes, digo, que la persona interrogada no podría contestar a una pregunta así formulada. Pero si esa persona te dijera a su vez: « Trasímaco, ¿cómo explicas tú la prohibición que haces de no dar por respuesta ninguna de las que acabas de citar, siendo así que la verdadera respuesta se encuentra entre ellas? ¿Quieres tú que yo diga otra cosa que no sea la verdad? ¿Cómo se entiende? » ¿Qué le responderías?

TRASÍMACO

¡Verdaderamente que esto tiene bastante relación con lo que decíamos!

SÓCRATES

¿Por qué no? Pero si el asunto fuese diferente, si aquel a quien se interroga juzgase que no lo es, ¿crees tú que contestará menos según su propio pensamiento, ya se lo prohibamos o no?

TRASÍMACO

¿Es eso lo que tú pretendes hacer? ¿Vas tú a dar-

nos por respuesta una de las que yo no te admito?

SÓCRATES

No me sorprendería que, después de maduras reflexiones, llegase yo a tomar ese partido.

TRASÍMACO

Y bien, si yo te demostrase que puede uno dar acerca de la justicia una respuesta mejor que todas las precedentes, ¿a qué pena te someterías?

SÓCRATES

¿A qué otra pena puedo someterme que a la que le está justamente reservada a todo ignorante, o sea, a la de ser instruido por otro más competente? Esa es la pena a que yo estoy dispuesto a someterme.

TRASÍMACO

En verdad que eres complaciente. Tú tendrás la pena de aprender, y además me darás dinero.

SÓCRATES

Sí, cuando lo tenga.

GLAUCO

Lo tenemos. Si no es sino eso, habla, Trasímaco; todos nosotros pagaremos por Sócrates.

TRASÍMACO

Comprendo vuestro designio. Queréis que Sócrates, según su costumbre, en vez de responder me interroge y me haga caer en contradicción.

SÓCRATES

Pero, querido, ¿qué puede uno contestar cuando nada sabe, cuando no oculta su ignorancia, y cuando una persona competente os prohíbe todas las res-

puestas que podéis dar? Corresponde más bien a ti decir lo que la justicia es, desde luego que te jactas de saberlo. No te hagas de rogar, responde en obsequio mío, y no escatimes a Glauco, y a los demás que están aquí, la ciencia que quieren oír de tus labios.

VI

Tan pronto como hube hablado, Glauco y los demás concurrentes le rogaron que accediese. Se veía claro que Trasímaco deseaba hablar para hacerse aplaudir, porque creía que diría maravillas. Sin embargo, disimuló, e insistió en que yo respondiese. Al fin cedió.

1. — TRASÍMACO

Ved el gran secreto de Sócrates : no quiere enseñar nada a los demás y va por todas partes mendigando la ciencia, sin retribuir ese servicio.

SÓCRATES

Tienes razón, Trasímaco, en que aprendo con gusto de los demás; pero te equivocas al agregar que no les retribuyo. Yo les muestro mi reconocimiento hasta donde soy capaz; yo les aplaudo. Es esto todo lo que puedo hacer, puesto que carezco de dinero. Verás con cuánto entusiasmo aplaudo cuanto me parezca bien dicho, tan pronto como hayas contestado, porque estoy convencido de que hablarás bien.

TRASÍMACO

Escucha, pues. He dicho que la justicia no es otra cosa que aquello que es ventajoso al más fuerte. Y bien, ¿por qué no aplaudes? Te guardarás bien de ello.

SÓCRATES

Espera al menos a que haya comprendido tu pensamiento, porque aun no lo entiendo. La justicia es, dices tú, lo que es ventajoso al más fuerte. ¿Qué entiendes tú por esto, Trasímaco? ¿Quieres tú decir que por cuanto el atleta Polidamo es más fuerte que nosotros, y que por cuanto le es útil para la conservación de sus fuerzas alimentarse de carne, es igualmente justo y ventajoso para nosotros, que somos más débiles, alimentarnos de la misma vianda?

TRASÍMACO

Sabes disertar con habilidad, Sócrates, y siempre procuras dar un mal giro a cuanto se dice.

SÓCRATES

De ningún modo, querido; pero expresa más claramente lo que piensas.

TRASÍMACO

Pues bien, ¿no sabes tú que los diferentes Estados son, unos tiránicos, otros demócratas y otros aristócratas?

SÓCRATES

Lo sé.

TRASÍMACO

En cada Estado, el que gobierna es el más fuerte, ¿no es así?

SÓCRATES

Seguramente.

TRASÍMACO

Cada uno de esos Estados ¿no da las leyes que le convienen, dictando el pueblo leyes democráticas, el déspota leyes tiránicas, y así de los demás? Y cuando

esas leyes son expedidas, ¿no declaran sus autores que la justicia, respecto de sus súbditos, consiste en su observancia? ¿No castigan a quienes violan esas leyes como culpables de una acción injusta? Ved, pues, mi pensamiento : en todo Estado el respeto a la justicia es el primordial interés del gobierno establecido, es decir, del más fuerte. De donde se sigue, para todo hombre que razone justamente, que en todas partes la justicia y el interés del más fuerte son una misma cosa.

SÓCRATES

Ahora comprendo lo que quieres decir. Pero, ¿es ello falso o verdadero? Es esto precisamente lo que voy a tratar de inquirir. Defines la justicia diciendo que ella implica lo que es ventajoso; sin embargo, tú me habías prohibido definirla de ese modo, aunque bien es verdad que tú agregas que la justicia es lo que da ventajas « al más fuerte ».

TRASÍMACO

No es, acaso, sino eso.

SÓCRATES

No sé aún si comprendo gran cosa; lo que importa averiguar es si lo que tú dices es exacto. Convengo contigo en que la justicia es algo ventajoso, pero tú agregas que esa ventaja favorece únicamente al más fuerte, y esto lo que ignoro y será preciso investigar.

TRASÍMACO

Investiga.

2. — SÓCRATES

Al instante. Respóndeme : ¿No dices tú que la justicia consiste en obedecer a los que gobiernan?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Pero los que gobiernan en los diferentes Estados, ¿son infalibles o son susceptibles de equivocarse?

TRASÍMACO

Bien puede suceder que se equivoquen.

SÓCRATES

Así pues, cuando se equivoquen en dictar leyes, las unas serán buenas, las otras no lo serán.

TRASÍMACO

Así lo creo.

SÓCRATES

Los legisladores hacen buenas leyes cuando dictan disposiciones que les son ventajosas, y hacen malas leyes cuando esas disposiciones les son desventajosas. ¿No es así?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Sin embargo, las leyes que dictan son obligatorias a los ciudadanos, y en esto es en lo que consiste la justicia.

TRASÍMACO

Sin duda.

SÓCRATES

Es pues justo, según tu opinión, hacer no solamente lo que da ventajas sino también lo que es desventajoso al más fuerte.

TRASÍMACO

¿Qué es eso que dices?

SÓCRATES

Lo que tú mismo has dicho, me parece. Pero, estudiemos algo más la cuestión. ¿No has convenido en que los que gobiernan se equivocan algunas veces sobre los verdaderos propósitos de las leyes que imponen a sus ciudadanos, y que es justo que estos últimos cumplan sin distinción cuanto se les ordena?

TRASÍMACO

Así lo creo.

SÓCRATES

Creo también que cuando has dicho que es justo que los ciudadanos hagan cuanto se les ordene, tu opinión es la de que la justicia consiste en hacer aquello que trae desventajas a quienes gobiernan, es decir, a los más fuertes, en aquellos casos en los cuales, sin quererlo, esos gobiernos ordenan cosas contrarias a sus intereses. Y de ahí, muy sabio Trasímaco, ¿no es justo llegar a la conclusión de que es equitativo todo lo contrario de lo que dices, es decir, cuanto se ordene hacer al más débil y que sea desventajoso al más fuerte?

POLEMARCO

He ahí algo que no admite duda, Sócrates.

CLITOFÓN

Si al menos dieras tú a Polemarco la autoridad de tu testimonio.

POLEMARCO

¿Acaso se necesita testimonio? El mismo Trasímaco conviene en que los que gobiernan dictan algunas veces disposiciones contrarias a sus intereses; y que es justo, aun en ese caso, que los ciudadanos obedezcan.

CLITOFÓN

Trasímaco ha dicho únicamente que era justo que los ciudadanos hiciesen lo que se les ordenase.

POLEMARCO

Y ha agregado, además, que la justicia es lo que es ventajoso al más fuerte. Una vez que ha expuesto estos dos principios, ha convenido en que los más fuertes ordenan algunas veces a sus inferiores, o a sus súbditos, cosas que son contrarias a sus propios intereses. Ahora bien, de todas estas declaraciones se sigue que la justicia no es ya aquello que es ventajoso sino lo que es desventajoso al más fuerte.

CLITOFÓN

Sí; pero por la ventaja del más fuerte entiende Trasímaco aquello que el más fuerte crea serle ventajoso; ha querido decir que tal era lo que debía hacer el más débil y que en ello consistía la justicia.

POLEMARCO

Perdona que te contradiga, pero Trasímaco no se ha expresado de esa manera.

SÓCRATES

Ello no importa, Polemarco; si Trasímaco acepta esta explicación, admitámosla.

3. — Dime, pues, Trasímaco, ¿es así como entiendes la definición que habías dado de la justicia? ¿quieres tú decir que ésta es lo que el más fuerte considera que le es ventajoso, ya sea que se engañe o no?

TRASÍMACO

¿Yo? De ninguna manera. ¿Crees tú que yo considero mejor al que se engaña en tanto que se engaña?

SÓCRATES

Creía yo que eso era lo que decías, desde el momento en que convienes en que quienes gobiernan no son infalibles y que suelen engañarse.

TRASÍMACO

Eres un sicofante, Sócrates, y calumnias mis palabras. ¿Das tú el título de médico al que se engaña respecto de sus enfermos, si es que se engaña, o el título de matemático al que se engaña en un cálculo, en tanto que se engaña? Verdad es que se dice que el médico, el magistrado o el gramático se han engañado; pero en mi opinión, ninguno de ellos se engaña mientras sean lo que nosotros decíamos que son. Y para hablar de una manera rigurosa, puesto que tú quieres que así se hable, ningún artista se engaña sino en tanto que su arte le abandone, y en ese caso habrá dejado de ser artista. Lo propio podemos decir del sabio y del magistrado, en tanto que lo sean, aunque en el lenguaje ordinario se dice que el médico se ha engañado y que el magistrado se ha engañado. Supongamos, pues, que he hablado como el vulgo; pero ahora te digo, con toda la exactitud posible, que aquel que gobierna no se engaña en tanto que gobierna, y que, si no se engaña, erige en ley cuanto le es más ventajoso; y que el deber del ciudadano es el de conformarse con ello. Así, pues, como decía hace un momento, la justicia consiste en hacer aquello que es más ventajoso al más fuerte (1).

I. — SÓCRATES

Sea; ¿y crees tú que soy un calumniador?

(1) En este caso, el más fuerte significa el mejor; la palabra griega *κρείττων* tiene las dos acepciones.

TRASÍMACO

Ciertamente.

SÓCRATES

¿Crees tú que he procurado tenderte lazos por medio de preguntas capciosas?

TRASÍMACO

Bien claro lo he visto, pero ninguna ventaja sacarás de ello. Yo descubriré todas tus argucias, y una vez que ellas hayan fracasado, te desafío a que me venzas en la discusión.

SÓCRATES

No me cuido de ensayarlo, querido; mas a fin de que en lo sucesivo no ocurra nada semejante, me dirás si es necesario interpretar en un sentido general, o en un sentido estricto, las expresiones que empleabas hace un momento, a saber : « el que gobierna, o sea el más fuerte, es aquel cuyo interés señala la regla de la justicia con respecto al más débil. »

TRASÍMACO

Es en el sentido más estricto que yo entiendo la expresión : el que gobierna. Pon ahora en juego, si puedes, tus artificios y calumnias; no te pido cuartel, pero sí te desafío a que lo hagas.

SÓCRATES

¿Crees tú, acaso, que soy lo suficientemente insensato para trasquilar al león (1) y para calumniar a Trasímaco.

TRASÍMACO

Acabas de ensayarlo y no lo has conseguido.

(1) Proverbio con el cual se expresa la idea de que se pretende hacer una cosa superior a nuestras fuerzas.

SÓCRATES

Dejémoslo ahí y respóndeme : el médico, tomado en el sentido estricto, tal y como tú le has definido hace un instante, ¿tiene por objeto el de enriquecerse o el de aliviar a los enfermos? Y te ruego me hables del médico que lo sea de verdad.

TRASÍMACO

El médico no tiene otra mira.

SÓCRATES

El piloto — hablo del que lo sea de verdad — ¿es piloto o jefe de pilotos?

TRASÍMACO

Jefe de pilotos.

SÓCRATES

Importa poco que lo sea como cualquiera de los otros en el barco (1); no es necesario llamarle piloto por esa razón. No es porque esté en el mar que se le llama piloto, sino a causa de su oficio y de la autoridad que tiene sobre los marinos.

TRASÍMACO

Ello es verdad.

SÓCRATES

¿No tienen ellos un oficio que les es a entrambos ventajoso?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Y el fin del arte u oficio, ¿no es el de que cada uno busque y se procure lo que le es ventajoso?

(1) Existe en griego tanta analogía entre la palabra *vzús*, barco, y *vzútēs*, piloto, que podría ser natural dar el nombre de marino a todo el que se encuentra en un barco, incluso al piloto.

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Pero un arte cualquiera ¿tiene algún otro interés distinto de ser lo más perfecto posible?

TRASÍMACO

¿Con qué fin me haces esa pregunta?

SÓCRATES

Si tú me preguntases si al cuerpo le basta ser cuerpo o si le falta aún alguna cosa, yo te contestaría afirmativamente, y agregaría que por esa razón se ha inventado la medicina, porque el cuerpo enferma algunas veces y el estado de enfermedad no le conviene. Es, por tanto, para procurar al cuerpo lo que le es ventajoso para lo que la medicina se ha inventado. ¿Tengo o no razón?

TRASÍMACO

La tienes.

SÓCRATES

Así mismo te pregunto si la medicina, o cualquier otro arte, tiene alguna imperfección y si necesita aún alguna otra virtud como la facultad de los ojos para ver y de los oídos para oír; otro arte, en fin, que venga a remediar ese defecto. Aquellas partes del cuerpo, ¿tienen necesidad de otro agente que busque para ellas y las procure lo que les es útil? El arte mismo ¿tiene también sus imperfecciones y en cada caso necesita de otro agente que le complemente; agente que a su vez tiene necesidad de otro, y así sucesivamente hasta el infinito? O, ¿podrá cada uno, por sí mismo, proveer a su interés? ¿o mas bien no tiene necesidad ni de él mismo, ni de ningún otro, para buscar el reme-

dio a su imperfección? El arte no tiene ni defectos ni imperfecciones ningunos; el arte por su naturaleza no busca sino el interés del sujeto al cual se aplica, en tanto que él mismo se conserva puro y sin mezcla mientras sea perfecto y conserve su esencia. Examina, pues, de una manera rigurosa, cuál de estos dos sentimientos es más verdadero.

TRASÍMACO

El último.

SÓCRATES

La medicina, entonces, no busca su propio interés, sino el que conviene al cuerpo.

TRASÍMACO

Sin duda.

SÓCRATES

Tampoco la equitación se ocupa de lo que le es útil sino de aquello que es útil al caballo; y, en general, un arte cualquiera no tiene en mira su propio interés, porque por sí mismo nada necesita, sino el del sujeto al cual se aplica.

TRASÍMACO

Ello es evidente.

SÓCRATES

Pero observa, Trasímaco, que las artes dominan y gobiernan al sujeto sobre el cual actúan.

Con dificultad cedió ante este último argumento.

SÓCRATES

No hay pues ciencia alguna que se proponga obtener, ni ordenar, la ventaja del más fuerte, sino la del más débil, es decir, la del sujeto gobernado por la ciencia.

Acabó por ceder también en este punto, mas no sin haber procurado refutarlo.

SÓCRATES

Así pues, el médico, como tal, ¿no se propone obtener ni ordenar aquello que le es más ventajoso sino lo que más conviene al enfermo? ¿No estamos conformes en que el médico, como tal, gobierna al cuerpo y no es un mercenario?

Trasímaco lo reconoció así.

SÓCRATES

¿Y en que el piloto, para hablar estrictamente, no es mercenario sino jefe de marinos?

TRASÍMACO

En ello he convenido.

SÓCRATES

Tal piloto, o tal jefe, no tendrá, pues, en mira otra cosa que lo que convenga al marino, su subordinado, y no ordenará lo que a él principalmente le convenga.

Convino en ello con alguna repugnancia.

SÓCRATES

Por consiguiente, Trasímaco, todo hombre que ejerce el gobierno, como gobierno, y cualquiera que sea el carácter de su autoridad, no se propone nunca alcanzar su personal interés sino el de sus subordinados. Con este fin vela, y para procurarles cuanto les es conveniente y ventajoso, dice lo que dice y ejecuta todos sus actos.

VII

Habíamos llegado a este punto del debate, y todos los presentes veían claramente que esta definición de

la justicia era de todo punto contraria a la de Trasímaco. En vez de contestar me formuló la siguiente pregunta :

TRASÍMACO

¿Tienes niñera, Sócrates?

SÓCRATES

¿Qué dices? ¿No sería mejor que respondieses en vez de hacerme semejante pregunta?

TRASÍMACO

Lo digo porque en realidad necesitas quien te guíe como a un niño, pues tienes bastante necesidad de ello, porque no sabes distinguir entre un rebaño y un pastor.

SÓCRATES

Explicate.

TRASÍMACO

Tú crees que los pastores se preocupan por el bien de sus rebaños y que los cuidan y engordan con un propósito contrario a su propio interés y al de sus amos. Tú te imaginas que quienes gobiernan los Estados, y me refiero siempre a los que verdaderamente gobiernan, tienen otros sentimientos con respecto a sus súbditos que los que inspiran a los pastores con respecto a sus rebaños, y que no se preocupan de otra cosa, noche y día, que de su conveniencia personal. Te encuentras tan lejos de comprender la naturaleza de lo justo y de lo injusto, que hasta ignoras que la justicia es un bien para todos excepto para los justos, que ella es útil al más fuerte que domina, y perjudicial al más débil que sirve y obedece; que la justicia, por el contrario, ejerce su imperio sobre las personas justas que en su simplicidad trabajan por el interés

del más fuerte, y se ponen a su servicio para hacer su felicidad, sin pensar en la propia. He aquí, dado tu pueril razonamiento, cómo habría de interpretarse el asunto : el justo disfruta siempre de menos ventajas que el hombre injusto. Por tanto, en los contratos de mutuo y en el comercio de la vida no verás nunca que en el momento de la disolución de la sociedad el justo reciba más que el injusto, sino siempre menos. En los asuntos públicos, si las necesidades del Estado exigen alguna contribución, el justo dará más que el injusto teniendo entrambos una renta igual. Mas, si por el contrario, se trata de recibir y no de dar, el justo nada obtiene y el injusto obtiene demasiado. Cuando uno y otro ejercen una magistratura, el hombre justo, si es que no sufre además otros perjuicios, deja sufrir sus asuntos domésticos por negligencia, y la justicia le impedirá restablecerlos con perjuicio del Estado. Además, se hace odioso a sus amigos y vecinos por cuanto nada hace por ellos saliéndose del campo de lo equitativo. Con el hombre injusto ocurre todo lo contrario; y entiendo por injusto al hombre que, como ya lo he dicho antes, puede tener grandes ventajas sobre los demás. Ese es el hombre que precisa considerar si quieres comprender hasta dónde le es más ventajosa que la justicia la injusticia que le caracteriza. Todavía podrás comprender mejor el asunto si consideras que la injusticia ha llegado ya a su último grado, llevando hasta el colmo la dicha del hombre injusto, y haciendo en extremo infortunados a aquellos que son sus víctimas y que no desean rechazar la injusticia con la injusticia. Hablo de la tiranía que no pone en obra el fraude y la violencia para apoderarse poco a poco de los bienes ajenos, y que no respeta ni lo sagrado, ni lo profano, ni los bie-

nes particulares, ni los del Estado, sino que los invade de un solo golpe. Para cada uno de estos delitos, todo individuo, cogido infraganti, es castigado y recibe los más odiosos ultrajes; y se apellida de sacrílegos, de mercaderes de esclavos, de ladrones con fuerza y violencia, de saltadores y rateros, a todos aquellos que se hacen culpables de alguna de estas injusticias. Pero cuando un tirano se ha apoderado de los bienes de los ciudadanos y hasta de sus personas, reduciéndolos a la esclavitud, en vez de esos nombres injuriosos suele llamársele hombre feliz, hombre privilegiado, no solamente por los ciudadanos, sino hasta por aquellos que saben que no ha habido injusticia que no haya consumado; porque si se protesta contra la injusticia, no es que uno tema cometerla, sino que tema ser víctima de ella. Tanto es esto cierto, Sócrates, que la injusticia, llevada hasta cierto punto, es más fuerte, más libre, más poderosa que la justicia, y que, como decía en un principio, la justicia trabaja por el interés del más fuerte, y la injusticia por aquello que es útil y provechoso a ella misma.

VIII

Después de este largo e impetuoso discurso, con el que había, por decirlo así, inundado nuestros oídos a la manera de un bañista, Trasímaco quiso marcharse, pero los concurrentes le obligaron a quedarse para que explicase lo que había avanzado. Yo mismo le supliqué con insistencia.

1. — SÓCRATES

¡Cómo, divino Trasímaco, después de haber pronunciado semejante discurso quieres marcharte antes

de hacernos ver de una manera completa, o de verlo tú mismo, si las cosas son en realidad como tú lo dices !
¿Crees tú haber emprendido la tarea de resolver un asunto de poca importancia, y no la regla de conducta que cada uno de nosotros ha de seguir durante toda su vida con el fin de alcanzar la mayor parte de ventajas?

TRASÍMACO

Yo pienso de otro modo.

SÓCRATES

Paréceme que no te inquietas por nuestra suerte y que no te cuidas de que seamos más o menos felices por falta de ese conocimiento que tú pretendes tener. Instrúyenos, por favor, y ten por seguro que no has complacido a unos ingratos. Por lo que a mí respecta, te declaro que no estoy convencido, y que no acepto que la injusticia sea más ventajosa que la justicia, aun en el supuesto de que nada le impide hacer lo que ella quiere. Sí, querido, el hecho de que el hombre injusto considere que puede vivir felizmente y hacer el mal en secreto, o a la descubierta, no me persuade aún de que la injusticia sea más ventajosa que la justicia. No soy yo el único, entre los que estamos aquí, que piensa de esta manera; pruébanos, pues, de una manera irrefutable que nos equivocamos al preferir a la injusticia la justicia.

TRASÍMACO

¿Y cómo quieres tú que te lo pruebe? Si lo que te he dicho no te ha convencido, ¿qué más puedo hacer por ti? ¿Será acaso necesario apelar a la fuerza para hacer entrar mis razones en tu espíritu?

SÓCRATES

De ningún modo. Pero ante todo es necesario obli-

garte a recordar lo que ya has dicho alguna vez, para que llegado el caso de que cambies tu razonamiento lo hagas de una manera franca y no nos engañes. Porque, para volver a lo que se discute, tú ves, Trasímaco, que después de haber dado la definición de lo que es el verdadero médico, no has creído de tu deber ceñirte en seguida, con la misma exactitud, a la definición de lo que es el verdadero pastor. Tú piensas que este último, en cuanto lo es de verdad, no cuida de su rebaño para el bien de sus carneros, sino como amigo de la buena carne que engorda él para un festín, o como un mercenario que va en pos del dinero. Ahora bien, la profesión de pastor no tiene otro fin que el de procurar la mayor suma de bienes al rebaño que le ha sido confiado. En cuanto a lo que a ella misma concierne, tiene cuanto le es necesario para ser perfecta, al menos mientras conserve su esencia enteramente pastoril. Siguiendo esa misma lógica, creía yo que llegaríamos forzosamente a convenir en que toda autoridad, pública o privada, y mientras conserve su carácter de autoridad, no se ocupaba sino del mayor bien de quienes estuviesen a su cuidado, o que le estuviesen sometidos. Pero ¿piensas tú que quienes gobiernan los Estados, y entiendo por éstos a los que verdaderamente gobiernan, sean felices por el hecho de mandar?

TRASÍMACO

¿Que si lo creo? Estoy seguro de ello.

2. — SÓCRATES

¿No has observado tú, Trasímaco, con respecto a otros cargos, que nadie quiere desempeñarlos por ellos mismos, sino que exigen un salario, porque las gentes están convencidas de que aquellas funciones no son

útiles sino a aquellos para quienes se desempeñan? Dime, te lo suplico, ¿no decíamos antes que las artes se distinguen las unas de las otras por sus diferentes efectos? Respóndeme según tu pensamiento, querido, a fin de que lleguemos a alguna conclusión.

TRASÍMACO

Sí, las artes se distinguen por sus diferentes efectos.

SÓCRATES

Cada una de ellas nos procura, pues, una ventaja especial y no una ventaja común; la medicina procura la salud; el pilotaje la seguridad contra el naufragio, y así de los demás.

TRASÍMACO

Sin duda.

SÓCRATES

Y la ventaja que procura el arte del mercenario, ¿no es la del salario? Porque tal es el efecto que le es propio. ¿Confundes tú la medicina con el pilotaje? o, si quieres que continuemos hablando con precisión, ¿dirás tú acaso que el pilotaje y la medicina son una misma cosa, si llega a ocurrir que un piloto recupere la salud en el ejercicio de su arte por cuanto la vida marítima le es saludable?

SÓCRATES

No dirás, tampoco, que la profesión de médico sea la misma que la de mercenario por cuanto el médico exige un honorario por la curación de los enfermos.

TRASÍMACO

No.

SÓCRATES

¿No estamos de acuerdo en que cada arte procura una ventaja especial?

TRASÍMACO

Sea.

SÓCRATES

Si hay, pues, una ventaja que les es común a todos los artistas, es evidente que ella no puede provenir sino de un arte adicional al que ejercen.

TRASÍMACO

Ello puede ser.

SÓCRATES

Diremos, pues, que la remuneración que reciben todos los artistas proviene de que ellos agregan a su profesión la del mercenario.

Trasímaco convino en esto con dificultad.

SÓCRATES

No es, pues, debido a su arte que cada cual retira la utilidad correspondiente, o sea la remuneración, sino que, examinando las cosas rigurosamente, la medicina produce la salud, y el arte del mercenario produce el salario; la arquitectura produce el edificio, y la industria que la acompaña produce la remuneración. Lo mismo ocurre con las demás artes. Cada una de ellas ejecuta la obra que le es propia, siempre con ventaja de aquel o aquello a que se aplica. ¿Qué utilidad deriva, en realidad, el artista de su arte si lo ejerce gratuitamente?

TRASÍMACO

Yo creo que su arte no deja de ser útil.

SÓCRATES

Es pues evidente, Trasímaco, que ni el arte ni la autoridad contemplan su propio interés, sino que, como ya lo hemos dicho, no preparan ni ordenan nada que no sea en interés de aquellos para quienes ejecutan

y ordenan, proponiéndose siempre el bien del más débil y no el del más fuerte. Es por esto por lo que, muy querido Trasímaco, decía yo hace un momento que nadie quiere aceptar un empleo público, ni tratar de curar los males de los demás gratuitamente, sino que se exige en cambio una remuneración, porque todo aquel que desea ejercer convenientemente su arte no ejecuta ni ordena nunca — las reglas del arte lo prescriben — lo que es más ventajoso para sí sino para aquel para quien ejecuta y ordena. Ha sido pues preciso, a fin de atraer a los hombres al poder, la creación de una recompensa, como el dinero y los honores, o la de un castigo para el caso de que se nieguen.

3. — GLAUCO

¿Cómo explicas tú esto, Sócrates? Conozco bien las dos primeras recompensas; pero no comprendo ese castigo cuya excepción propones tú como una tercera recompensa.

SÓCRATES

¿No conoces tú la recompensa de los sabios, aquella que determina a las gentes honradas a tomar parte en los negocios? ¿No sabes tú que el amor a las riquezas y a los honores es considerado como vergonzoso, y que en efecto lo es?

GLAUCO

Lo sé.

SÓCRATES

Las gentes honradas no desean entrar en los negocios por las riquezas ni por los honores. Si aceptasen ellas abiertamente un salario por ejercer el poder, temerían que se las calificase de mercenarias, o que se las declarase culpables de peculado si hiciesen en el

desempeño de sus funciones utilidades secretas. Tampoco son los honores los que esas gentes tienen en mira, porque no son ambiciosas. Es pues indispensable que para ellas exista una necesidad y un castigo que las determine a tomar parte en los asuntos públicos; y acaso sea por esto por lo que es un tanto vergonzoso solicitar con ahinco los honores sin esperar a que éstos sean necesarios. Ahora bien : el mayor castigo para aquellos que no desean gobernar es el de ser gobernados por gentes más malas o inferiores a ellos; es este temor lo que determina a los hombres de bien a intervenir en los asuntos públicos, cuando toman parte en ellos. Por tanto, se mezclan en esos asuntos no por interés personal, ni por placer, sino por necesidad, y por no poder confiárselos a hombres más dignos, o a lo menos tan dignos como ellos. Si, pues, un Estado estuviese compuesto únicamente de gentes de bien, se ambicionaría en él la condición de simple particular como se ambiciona hoy el poder, y se vería claramente que el magistrado de verdad no tiene en manera alguna en mira su propio interés sino el de los ciudadanos a quienes sirve. De esta suerte, cada ciudadano, persuadido de esta virtud, preferiría que su felicidad estuviese al cuidado de otros a trabajar por la felicidad de ellos. No convengo yo con Trasímaco en que la justicia sea el interés del más fuerte; pero estudiaremos este punto una vez más. Doy mayor importancia a lo que dice Trasímaco sobre que la vida del hombre injusto es más dichosa que la del justo. ¿A qué te atienes tú, Glauco? ¿Cuál de estas dos opiniones es la verdadera?

GLAUCO

Creo que la suerte del justo es la más ventajosa.

SÓCRATES

Acabas de oír la enumeración, hecha por Trasímaco, de los bienes que acompañan la vida del hombre injusto.

GLAUCO

Sí; pero no estoy convencido.

SÓCRATES

¿Quieres tú que busquemos algún medio de probarle que no está en lo cierto?

GLAUCO

¿Por qué no he de quererlo?

SÓCRATES

Si en el curso de la discusión le oponemos un discurso tan largo como el suyo, a fin de hacer resaltar todas las ventajas de la justicia, y él, a su turno, pronuncia otro al cual no repliquemos, será preciso contar y pesar todas las ventajas de una y de otra parte, y además tendremos necesidad de jueces que dicten un fallo; al paso que si convenimos amablemente con él en lo que nos parezca verdadero, o falso, seremos nosotros mismos, a la vez, abogados y jueces.

GLAUCO

Eso es verdad.

SÓCRATES

¿Cuál de estos dos métodos te agrada más?

GLAUCO

El segundo.

4. — SÓCRATES

¡Vamos! Respóndeme, Trasímaco, comenzando desde el principio. ¿Pretendes tú que la injusticia perfecta es más ventajosa que la perfecta justicia?

TRASÍMACO

Sí, y he dado mis razones.

SÓCRATES

Muy bien; mas ¿qué piensas tú de esas dos cosas? ¿Das tú a la una el nombre de virtud y el nombre de vicio a la otra?

TRASÍMACO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Das tú acaso el nombre de virtud a la justicia y el nombre de vicio a la injusticia?

TRASÍMACO

En la apariencia sí, caro amigo, pues que digo que la injusticia es ventajosa y que la justicia no lo es.

SÓCRATES

Y entonces ¿qué es lo que dices?

TRASÍMACO

Todo lo contrario.

SÓCRATES

¡Cómo! ¿la justicia un vicio?

TRASÍMACO

No; pero es una grande y hermosa tontería.

SÓCRATES

¿Llamas tú maldad a la injusticia?

TRASÍMACO

No; pero sí la llamo sabiduría.

SÓCRATES

Entonces los hombres injustos ¿te parecen buenos y sabios, Trasímaco?

TRASÍMACO

Si; los que son perfectamente injustos y lo suficientemente poderosos para someter a su yugo a los Estados y a las naciones. ¿Acaso crees tú que me refiero a los especuladores de bolsa? Y no es que ese oficio no tenga también sus ventajas, en tanto que no se coja infraganti a los que lo ejercen; pero dichas ventajas no son nada en comparación de las que acabo de expresar.

SÓCRATES

Concibo muy bien tu pensamiento, pero lo que me sorprende es que tú des a la injusticia los nombres de virtud y de sabiduría, y a la justicia los nombres opuestos.

TRASÍMACO

Y, sin embargo, es lo que hago.

SÓCRATES

Eso está bien, querido, y no sé cómo refutarte. Si dijese simplemente que la injusticia es ventajosa y que, como otros, convienes en que, no obstante, ella es un vicio y algo que causa vergüenza, podríamos decirte lo que comúnmente se responde a esa opinión; pero es evidente que tú le atribuyes también la fuerza, la belleza, y todos los demás calificativos que damos a la justicia, desde el momento en que te has atrevido a elevarla al rango de virtud y de sabiduría.

TRASÍMACO

Lo has adivinado bien.

SÓCRATES

El examen de la cuestión no habrá de desagradarme mientras tenga razón para creer que hablas seriamente, pues me parece, Trasímaco, que no se trata de

una burla de tu parte sino que dices lo que te parece verdadero.

TRASÍMACO

Qué te importa que yo diga o no lo que me parece verdadero; límitate a refutarme.

SÓCRATES

¿Qué me importa, en verdad? pero procura responder a esto : ¿Crees tú que el hombre justo quiera imponerse en algo a otro hombre justo (1) también?

TRASÍMACO

Nunca; porque no sería ni tan complaciente ni tan tonto como yo lo supongo.

SÓCRATES

¡Cómo! ¿Ni siquiera tratándose de un acto justo?

TRASÍMACO

Ni siquiera en ese caso.

SÓCRATES

¿Querría al menos imponerse al hombre injusto, y creería poder hacerlo con justicia?

TRASÍMACO

Creería poder hacerlo y hasta lo desearía, pero sus esfuerzos serían inútiles.

SÓCRATES

No es eso lo que yo quiero saber; no te pido sino que me digas si el justo no tendría ni la pretensión ni la voluntad de imponerse al justo, sino únicamente al hombre injusto.

(1) En este caso es necesario considerar al justo en el sentido de absoluta perfección. Lo que Sócrates dice algo más adelante, con respecto al médico y al músico, debe entenderse también en el sentido de médico y músico perfectos.

TRASÍMACO

Sí, tal es la disposición del justo.

SÓCRATES

Y el hombre injusto, ¿querría imponérsele al justo, aun tratándose de actos justos?

TRASÍMACO

Sí, sin duda, pues que su deseo es el de imponérsele a todo el mundo.

SÓCRATES

¿Querrá, pues, imponerse también al hombre injusto, aun tratándose de actos injustos, y se esforzará por imponerse a todos?

TRASÍMACO

Seguramente.

5. — SÓCRATES

Así pues, el justo, según decimos, no se impone a su semejante, sino a quien le es contrario; en tanto que el hombre injusto procura imponerse al uno y al otro.

TRASÍMACO

Eso está muy bien dicho.

SÓCRATES

El hombre injusto es sabio y es bueno; el justo no es ni lo uno ni lo otro.

TRASÍMACO

Eso es también corriente.

SÓCRATES

¿Entonces tenemos que el hombre injusto es semejante al sabio y al bueno, y que el justo no se les parece?

TRASÍMACO

Aquel que tiene cierto modo de ser, se asemeja a los que son como él; y el que no es de ese modo de ser, no se les asemeja. ¿Es posible que ello sea de otra manera?

SÓCRATES

Muy bien. ¿Cada uno es, pues, como aquellos a quienes se asemeja?

TRASÍMACO

Pero ¿qué importa?

SÓCRATES

Sea, Trasímaco; ¿no dices tú de un hombre que es músico y de otro que no lo es?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿Cuál de los dos es el sabio? (1); ¿el que no es músico?

TRASÍMACO

El músico es sabio y el otro no lo es.

SÓCRATES

Tenemos entonces que el uno es bueno (2), porque es sabio, y el otro es malo por la razón contraria.

TRASÍMACO

Sí.

(1) La palabra griega *ἐξόντιος* significa saber, ser competente en su arte. Aunque impropriamente usada en este pasaje, la hemos preferido porque hace ver mejor el curso del razonamiento y el carácter de los sofistas, tan dados a usar las palabras de doble sentido.

(2) Es éste un equívoco semejante al anterior, porque las palabras bueno y malo corresponden a las palabras griegas *ἀγαθός* y *κακός*, hábil e inhábil.

SÓCRATES

¿No sucede lo mismo con respecto al médico?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿Crees tú que un músico que encorda su lira desea, cuando temple o destemple las cuerdas (1) de su instrumento, ejercer superioridad sobre un músico, o que pretende obtener ventajas sobre él?

TRASÍMACO

No.

SÓCRATES

¿O que pretende ejercer superioridad sobre otro que no conoce la música?

TRASÍMACO

Necesariamente que sí.

SÓCRATES

Y tratándose del médico, ¿crees tú que cuando ordena a su cliente que beba o que coma, pretende ejercer superioridad sobre otro médico, o sobre la persona misma del médico, o sobre el arte que profesa?

TRASÍMACO

No.

SÓCRATES

¿O sobre aquel que no es médico?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Tratándose de cualquier ciencia que uno conozca

(1) Las palabras de doble significado están muy bien traídas en esta discusión preliminar, cuya forma es intencionadamente sofística.

o no, tú dirás, si te parece, que el que la posee querrá imponerse, con sus palabras y con sus actos, al que también la posee, o si dirá y hará lo mismo que, en igualdad de circunstancias, hace su semejante.

TRASÍMACO

Puede que sea necesario que ello sea así.

SÓCRATES

¿Qué hará el ignorante? ¿No pretende él a la vez imponerse sobre el que sabe y sobre el que no sabe?

TRASÍMACO

Quizá.

SÓCRATES

Pero ¿es que el hombre de ciencia es sabio?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿Y el sabio es bueno?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Así, pues, el que es sabio y bueno no deseará ejercer superioridad sobre quien posea esas cualidades, sino sobre quien no las posee.

TRASÍMACO

Así parece.

SÓCRATES

Pero aquel que es malo e ignorante sí querrá ejercer superioridad, a la vez, sobre quien también lo sea y sobre quien no lo sea.

TRASÍMACO

Evidentemente.

SÓCRATES

Tenemos, pues, Trasímaco, que el hombre injusto procura imponerse sobre su semejante y sobre su contrario; ¿no es eso lo que has dicho?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿Y no es verdad que el justo no tratará de imponerse a su semejante, sino a su contrario?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Entonces el justo se asemeja al hombre sabio y bueno, y el injusto se asemeja al malo y al ignorante.

TRASÍMACO

Puede ser.

SÓCRATES

Pero estábamos acordes en que el uno y el otro son como aquellos a quienes se asemejan.

TRASÍMACO

En efecto, en ese punto estábamos acordes.

SÓCRATES

Tenemos, pues, demostrado que el justo es bueno y es sabio, y que el injusto es ignorante y malo.

IX

Trasímaco convino en todo esto, mas no con la misma facilidad con que lo digo; con gran trabajo logré que lo confesase. Sudaba copiosamente, y tanto

más cuanto que hacía un calor intenso; y por la primera vez le vi sonrojarse. Al cabo quedamos de acuerdo en que la justicia era sabiduría y era virtud, y en que la injusticia era vicio e ignorancia.

1. — SÓCRATES

¡Vamos! He ahí un punto resuelto; pero habíamos dicho que la injusticia tiene como aliada a la fuerza; ¿te acuerdas de ello, Trasímaco?

TRASÍMACO

Me acuerdo de ello; pero no me agrada lo que acabas de decir, y tengo argumentos para replicarte. Sé muy bien que si apenas abro la boca dirás que ya he pronunciado un discurso. Déjame, pues, hablar a gusto, y si te es preciso interrogarme, hazlo; contestaré afirmativamente a todas las preguntas, como en los cuentos de brujas, y lo haré con movimientos de cabeza para aprobar o desaprobar.

SÓCRATES

Te ruego no digas nada contra tu convicción.

TRASÍMACO

Haré lo que te agrade, pues que no quieres dejarme hablar; ¿qué más deseas?

SÓCRATES

Nada. Haz lo que te parezca; voy a interrogarte.

TRASÍMACO.

Interroga.

SÓCRATES

Una vez más te pregunto — a fin de tomar la discusión en el punto en que la hemos dejado — en qué consiste la justicia, comparada a la injusticia. Se ha

dicho, me parece, que la injusticia es más fuerte y más poderosa que la justicia; pero si la justicia es sabiduría y virtud, fácil será mostrar que es más fuerte que la injusticia, desde el momento en que esta última implica ignorancia. No hay quien lo ignore; pero yo no quiero cortar así la cuestión de un solo golpe, como que deseo examinarla desde este otro punto de vista: ¿No hay Estados injustos que procuran someter a otros, injustamente, a su yugo, y que ya tienen a otros sometidos a la esclavitud?

TRASÍMACO

Sin duda, tales Estados existen; pero eso no ocurre sino con aquellos Estados muy bien gobernados y que llevan la injusticia hasta su último grado de perfección.

SÓCRATES

Ya sé que ese es tu modo de pensar; pero lo que yo quisiera saber es si un Estado que se hace amo y señor de otro Estado puede llegar a la realización de este cometido sin la justicia, o si se verá obligado a recurrir a ella.

TRASÍMACO

Si, como decías hace un momento, la justicia es sabiduría o prudencia, preciso será que el Estado en cuestión se sirva de ella; mas si las cosas son como yo lo digo, entonces emplearía la injusticia.

SÓCRATES

Me encanta, Trasímaco, que no te limites a manifestar con signos de cabeza tu aquiescencia o tu improbación, y que me contestes tan bien.

2. — TRASÍMACO

Lo hago por complacerte.

SÓCRATES

Por ello te quedo muy reconocido. Hazme aún el favor de decirme si un Estado, un ejército, una cuadrilla de bandoleros o de ladrones, o cualquiera otra sociedad de ese género, podría obtener la realización de sus injustas empresas si sus miembros violaran entre sí las reglas de la justicia.

TRASÍMACO

Indudablemente que no.

SÓCRATES

Mas si las observaran ¿no podrían obtener un éxito mayor?

TRASÍMACO

Desde luego que sí.

SÓCRATES

¿Y no obedecería esto a que la injusticia provocaría entre ellos odios y luchas en tanto que la justicia engendraría la armonía y la concordia?

TRASÍMACO

Convengo en ello por no entrar en polémicas contigo.

SÓCRATES

Haces bien, querido; pero contéstame todavía a esta pregunta: Si es propio de la injusticia engendrar odios y disenciones en dondequiera que se la encuentra, ¿no producirá el mismo efecto, tanto entre los hombres libres como entre los esclavos, y no los pondrá en incapacidad de emprender cosa alguna en común?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Y si ella se encuentra en el alma de dos hombres, ¿no producirá entre ellos la disensión y la guerra? ¿No se odiarán mutuamente, así como odian a los justos?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Y si sucede, querido amigo, que sólo inspira los actos de un hombre, ¿perderá su carácter en todo, o solamente en parte?

TRASÍMACO

Yo creo que lo conserva.

SÓCRATES

Es pues evidente que es propio de la injusticia, dondequiera que se la encuentre, ya sea en una República, en una nación, o en un ejército, o en una sociedad cualquiera, impedir la acción en común a consecuencia de las disensiones y de las diferencias que excita; además de que la hace enemiga de ella misma y de cuantos elementos le son contrarios, o sea, de los hombres justos. ¿No es cierto?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Y aunque no inspirase sino los actos de un hombre, producirá los mismos efectos, porque lo pondrá en incapacidad de obrar, debido a las rebeldías que despertará en su alma, y, por lo tanto, las contradicciones en que ese hombre se encontrará consigo mismo, lo convertirán además en su propio enemigo y en enemigo de todos los justos; ¿no es verdad?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Pero, querido, ¿no son los dioses justos también?

TRASÍMACO

Supongamos que lo son.

SÓCRATES

Entonces el hombre injusto será también enemigo de los dioses, y el justo será su amigo.

TRASÍMACO

¡Valor! Gózate con tus discursos. No habré de contradecirte por no reñirme con quienes nos escuchan.

SÓCRATES

Pues bien, prolonga, por complacerme, la alegría del festín y continúa contestando a mis preguntas. Acabamos de ver que las gentes de bien son mejores, más sabias y más fuertes que las gentes malas; que estas últimas nada pueden emprender, ni por sí solas ni en compañía de otras; y cuando hemos supuesto que los hombres injustos no han hecho nunca cosa alguna duradera de concierto y en común, ello fué simplemente una suposición gratuita, porque no se habrían respetado entre sí si hubiesen sido completamente injustos; pero es evidente que entre ellos hubo un fondo de justicia que les impidió hacerse mal a la vez que se lo hacían a los pueblos que atacaban y que, por tanto, la justicia les sirvió para el logro de sus empeños. En realidad, un sentimiento de injusticia los llevó a realizar criminales empresas; pero ese sentimiento los había hecho malos solamente a medias, porque quienes son malos e injustos del todo son tam-

bién absolutamente impotentes para realizar cosa alguna. Es así como yo comprendo las cosas, y no como tú decías al principio. Precisa que examinemos ahora si la suerte del justo es mejor y más venturosa que la del hombre injusto; cuestión que habíamos reservado para el fin. Me parece que, después de lo que hemos dicho, la cuestión se clara; pero examinémosla más a fondo, porque no se trata aquí de una simple bagatela, sino de estudiar la regla de toda nuestra conducta.

TRASÍMACO

Examina, pues.

SÓCRATES

Eso es precisamente lo que voy a hacer. Respóndeme: ¿no tiene el caballo, en tu opinión, una función que le es propia?

TRASÍMACO

Sí. ¿No consideras tú como función del caballo, o de cualquiera otro animal, aquella sin cuya cooperación nada se puede hacer, o no puede hacerse mejor?

TRASÍMACO

No comprendo.

SÓCRATES

Raciocinemos de otra manera. ¿Puedes tú ver de otro modo que no sea por los ojos?

TRASÍMACO

No.

SÓCRATES

¿Puedes oír de otro modo que no sea por los oídos?

TRASÍMACO

No.

SÓCRATES

¿Podremos decir con toda propiedad que tales son las funciones de esos dos sentidos?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿No podría uno podar la viña con un cuchillo, o con cualquier otro instrumento?

TRASÍMACO

Sin duda.

SÓCRATES

Empero, nada hay más adecuado que la podadera que ha sido hecha expresamente para eso.

TRASÍMACO

Es verdad.

SÓCRATES

¿No podríamos, pues, decir que esa es la función de dicho instrumento?

TRASÍMACO

Sí.

3. — SÓCRATES

Creo que ahora comprendes mejor la pregunta que te hacía hace un instante, cuando te preguntaba si la función de una cosa no era lo que sólo ella podía desempeñar, o lo que podía desempeñar mejor que ninguna otra.

TRASÍMACO

Lo comprendo, y creo que es conveniente definir lo que es la función de una cosa.

SÓCRATES

Perfectamente. Pero todo lo que desempeña una

función especial, ¿no tiene también una virtud que le es propia? Y para volver a los ejemplos de que ya me he servido, ¿no tienen los ojos una función que llenar?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿Tienen también una virtud que les es propia?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿No ocurre lo mismo con los oídos y con otras cosas?

SÓCRATES

Espera un momento. ¿Podrían los ojos llenar su función si no tuviesen la virtud que les es propia, o si en lugar de ella tuviesen el vicio contrario?

TRASÍMACO

¿Cómo podrían tenerlo? ¿Acaso también entiendes por vicio, en este caso, el que la ceguera haya sustituido a la facultad de ver?

SÓCRATES

Cualquiera que sea la virtud de los ojos, no es esto precisamente lo que yo deseo saber. Pregunto, solamente, si cada cosa desempeña bien la función que le corresponde por la virtud que le es propia, y si la desempeña mal porque adolece del vicio contrario.

TRASÍMACO

Esto es como tú lo dices.

SÓCRATES

Así pues, los oídos, privados de la virtud que les es propia, ¿llenarán mal sus funciones?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

¿Hemos dicho lo propio de las demás cosas?

TRASÍMACO

Así lo pienso.

SÓCRATES

Pues bien, estudia ahora lo que voy a decir : ¿No tiene el alma una función que ninguna otra cosa podría desempeñar, como por ejemplo mandar, deliberar, evitar cuanto pueda hacerle daño, y demás? ¿Se pueden atribuir estas funciones a cualquiera otra cosa, distinta del alma, y no tenemos razón al decir que ellas le son propias?

TRASÍMACO

No; no se le pueden atribuir esas funciones a ninguna otra cosa.

SÓCRATES

¿No es vivir, también, una de las funciones del alma?

TRASÍMACO

Sí, la principal.

SÓCRATES

¿No tiene también el alma su virtud especial?

TRASÍMACO

Sí.

SÓCRATES

Privada el alma de esta virtud, ¿podrá llenar bien sus funciones, o es ello imposible?

TRASÍMACO

Es imposible.

SÓCRATES

Es, pues, inevitable que un alma mala gobierne o administre mal, y que un alma buena desempeñe bien todas sus funciones.

TRASÍMACO

Ello es inevitable.

SÓCRATES

Pero, ¿no nos hemos puesto de acuerdo en que la justicia es una virtud y la injusticia un vicio del alma?

TRASÍMACO

En este punto estamos acordes.

SÓCRATES

Por consiguiente, el alma y el hombre justos vivirán bien, y el hombre injusto vivirá mal.

TRASÍMACO

Ello es evidente, de acuerdo con lo que has dicho.

SÓCRATES

Pero el que vive bien es feliz, y el que vive mal es desgraciado.

TRASÍMACO

¿Quién lo duda?

SÓCRATES

De donde tenemos que el justo es feliz y el injusto desgraciado.

TRASÍMACO

Sea.

SÓCRATES

Pero no es en manera alguna ventajoso ser desgraciado, y ser feliz si lo es.

TRASÍMACO

¿Quién lo niega?

SÓCRATES

Es pues, falso, divino Trasímaco, que la injusticia sea más ventajosa que la justicia.

TRASÍMACO

Lo que dices es maravilloso, Sócrates; he ahí tu festín de las *Bendidias*.

SÓCRATES

Pero eres tú quien ha sido mi anfitrión, caro Trasímaco, desde el momento en que te has mostrado complaciente y ha cesado tu mal humor contra mí. Sin embargo, no he quedado satisfecho; mas la falta no ha sido tuya, sino mía. Me he conducido como los glotones que se lanzan ávidos sobre todos los manjares, a medida que van llegando, sin haber gustado suficientemente aquellos que les han sido servidos primero. Antes de haber resuelto la primera cuestión que nos habíamos propuesto acerca de la naturaleza de la justicia, la he abandonado para investigar, apresuradamente, si ella es vicio o virtud, ignorancia o sabiduría. En seguida se ha presentado el deseo de saber si la injusticia es más ventajosa que la justicia, y no he podido evitar el abandono de la primera para seguir en pos de la segunda, de suerte que en todo el curso de la conversación no he aprendido nada, porque no sabiendo lo que es la justicia, ¿cómo podría saber si ella es o no una virtud, o si quien la posee es feliz o desgraciado?